

RONALD FRASER

LA MALDITA
GUERRA
DE ESPAÑA

HISTORIA SOCIAL DE LA GUERRA
DE LA INDEPENDENCIA, 1808-1814



CRÍTICA

RONALD FRASER

LA MALDITA GUERRA DE ESPAÑA

Historia social de
la guerra de la Independencia,
1808-1814

Traducción castellana de
Silvia Furió

CRÍTICA
BARCELONA

Capítulo 1

NAPOLEÓN INVADE A LA ALIADA DE FRANCIA, OCTUBRE DE 1807-MARZO DE 1808

Los cielos auguraban un inminente desastre. Un cometa, visible a simple vista desde Valladolid en el norte hasta Sevilla en el sur, había arrastrado su ardiente cola por el firmamento occidental durante los meses de agosto y septiembre.

... á el parejo de la luna una estrella con ravo de color blanquecido y algo asafranado el que señala muerte de Algun Rey ó hombre poderoso. Y aun se decia habria desolación de ciudades por la mutación de color que tomo del fin, anotó en su diario el fraile sevillano Giles y Carpio.¹

El 18 de octubre de 1807, nueve días antes de que se firmase el tratado, Napoleón envió una fuerza expedicionaria que cruzó la frontera española. Su objetivo militar era atravesar España y conquistar Portugal, que se había negado a observar el bloqueo continental del emperador y a cerrar sus puertos a los británicos a quienes Napoleón había declarado una guerra económica total.

La corte española no puso objeción alguna al movimiento anticipado de tropas por parte de Napoleón. De acuerdo con el tratado de Fontainebleau, Manuel de Godoy, primer ministro español (y jefe de estado, en todo menos en el nombre), y la monarquía borbónica habían de compartir el botín de la conquista en la que participarían veinticinco mil soldados españoles.

Los veinticinco mil hombres de las tropas napoleónicas, bajo el mando del general Junot, constituían la primera fuerza militar extran-

jera que la mayoría de españoles al oeste del Ebro recordaba haber visto en su territorio. En las ciudades y pueblos que se extendían a lo largo del fangoso camino que atravesaba la llanura castellana, la gente se arracimaba para contemplar la interminable marcha de los «conquistadores de Europa». Los diaristas de provincias,² herederos de un siglo ilustrado, contaban asiduamente las tropas y anotaban el número de cada regimiento, mientras que la mayoría admiraba boquiabierta los vistosos uniformes, los relucientes petos y espaldares de los coraceros y el extravagante atuendo de los oficiales. Poco importaba que los soldados de infantería fuesen alemanes, italianos y suizos,³ o simples reclutas franceses. Para los espectadores aquélla era la *Grande Armée*.

El espectáculo militar alivió momentáneamente la cruda realidad. Durante los últimos dieciocho meses, la población de las ciudades y los pueblos había estado intentando rehacer su vida. Una catastrófica hambruna, acompañada de la malaria* en el interior y de la fiebre amarilla en Andalucía, se había ensañado en el centro y sur de España. La penuria se vio agravada por la dificultad que entrañaba el traslado rápido del grano a los lugares donde se necesitaba con mayor urgencia a causa de la deficiente red de carreteras.⁴ Castilla la Vieja fue una de las más castigadas: en 1805 la región había perdido un siete por ciento de su población de mediados de 1800.** Ni siquiera durante los seis sangrientos años de guerra que estaban a punto de comenzar sufriría Castilla semejante pérdida.

En 1806 y 1807, las cosechas habían sido medianamente buenas, y el precio del pan volvía a bajar hasta casi la mitad de los altos niveles alcanzados durante la hambruna. La población empezó a recuperarse: los matrimonios y los nacimientos aumentaron a un ritmo sin precedentes y las defunciones disminuyeron considerablemente. Pero de los recién nacidos tan sólo la mitad podían esperar alcanzar la edad adulta. Como rezaba un dicho popular, hacían falta dos niños varones para hacer un hombre.

Las tropas del general Junot llegaron a la frontera portuguesa sin graves incidentes: un estudiante de Burgos apuñaló a un oficial francés,⁵ y numerosos soldados saqueadores de poca monta, además de

* La malaria era endémica en Valencia. En 1786-1787 hubo una epidemia que arrasó hasta la costa cantábrica, afectando a 875.000 personas, de las cuales 77.000 murieron tan sólo en el primer año. Fue también acompañada de una mala cosecha (Pérez Moreda, 1980, p. 342).

** Autor, base de datos: *Demografía*, crecimiento vegetativo por regiones, 1800-1817.

otros rezagados de sus regimientos —unos cien, según decían los franceses— murieron a manos de los aldeanos de Salamanca.⁶ Los nuevos reclutas todavía tenían que aprender a protegerse a sí mismos. El 30 de noviembre Junot ocupó Lisboa. En el último momento la marina británica se llevó a la familia real portuguesa y la trasladó a Brasil.

No obstante, Napoleón estaba interesado en algo más que en Portugal. Sin aguardar a estar seguro de la posición de Junot, envió a España otros veinticinco mil soldados y los apostó a lo largo de Castilla la Vieja.* Poco después les siguieron otros dos cuerpos, que sumaban sesenta mil hombres, la mayoría de los cuales estaba acuartelada en el País Vasco y Navarra. Por último, ordenó que catorce mil soldados cruzaran la frontera catalana y entrasen en Barcelona.

Esta exhibición masiva de fuerza militar fue acompañada de la astucia para asegurarse varias fortalezas españolas importantes: en Pamplona, las tropas imperiales entablaron una pelea de bola de nieve con los guardias de la fortaleza para atraerlos y hacerles abandonar sus puestos, para después abalanzarse sobre la entrada principal; en Barcelona, un desfile militar imperial frente a la ciudadela desplegó una de sus alas y rodeándola se apoderó de la entrada y ocupó la fortaleza: un preludio de la ocupación de la fortaleza de Montjuich. Poco después, Godoy se vio forzado a permitir que las tropas francesas ocupasen San Sebastián y su fortaleza por falta de efectivos que pudiesen defenderla.

En marzo de 1808, tan sólo cuatro meses después de la entrada en España de las primeras tropas imperiales de camino a Portugal, Napoleón se había asegurado tres importantes puertos peninsulares (Lisboa, Barcelona y San Sebastián), había ocupado cuatro principales fortalezas españolas y tenía cien mil soldados en territorio de su aliado sin el permiso del gobierno y sin que éste tuviese conocimiento de sus objetivos militares. Además, había dispersado al ejército español, veinticinco mil soldados se encontraban en Portugal, y otros dieciséis mil habían sido enviados a las islas danesas para una presunta invasión de Suecia. De este modo, con su primera agresión contra un país que no era su agresor, tenía sus fuerzas magníficamente situadas para ejercer la máxima influencia en cualquiera de las opciones que eligiese llevar a cabo.

* Una cláusula secreta del tratado de Fontainebleau permitía a Napoleón, una vez recibido el consentimiento del gobierno español, enviar otros cuarenta mil hombres a España para reforzar a los que tenía en Portugal en caso de que los ingleses atacasen, pero el emperador no intentó siquiera obtener el permiso español antes de introducir más tropas en España.

El emperador estaba en la cima de su dominio. Parecía poder proponer y disponer a voluntad de los destinos y territorios de las naciones, crear reinos, principados y ducados en sus tierras y reorganizar el mapa de Europa de acuerdo con una nueva «racionalidad». Su decisión de declarar la «guerra económica total» contra Inglaterra hizo vital el control de las costas, puertos y barcos.⁷ Por primera vez el emperador dirigió toda su atención a la península Ibérica y al Mediterráneo occidental. «Être maître de la Méditerranée, but principal et constant de ma politique», pronunció en 1806.⁸

En poco tiempo el general Junot había afianzado Portugal para el bloqueo continental, pero quedaba España: potencialmente una gran fuerza naval con sus arsenales y astilleros paralizados desde la batalla de Trafalgar, su largo litoral mediterráneo y atlántico, y un mercado cerrado todavía a los productos franceses que podrían sustituir a los que se perdían debido a las represalias británicas en la guerra económica de Napoleón y al embargo comercial que Estados Unidos aplicaba a los combatientes. No obstante, España era una aliada poco satisfactoria: con un gobierno cuya adhesión a la causa no era demasiado fiable, y con una economía ineficaz a pesar de sus grandes recursos coloniales, estaba además regida por el último Borbón que ocupaba un trono de importancia en toda Europa.

Napoleón estaba convencido de que si se ponía fin al «desorden y desperdicio», la marina española podría recuperar su antigua potencia. Puesto que el empeoramiento de la situación económica de Gran Bretaña a causa del Sistema Continental reduciría la eficacia de su flota, una marina española reconstruida y los recursos coloniales del país serían imprescindibles para la consecución de sus principales objetivos en Oriente. Posteriormente, Napoleón justificó más de una vez su intento de hacerse con el poder en España por la necesidad que tenía de una armada española revitalizada y ampliada.⁹

Con sus tropas firmemente instaladas en territorio aliado, Napoleón tenía cuatro opciones tácticas ante él: podía inducir a la monarquía española a que siguiese el ejemplo de la familia real portuguesa y huyese del país rumbo a Suramérica, y apoderarse así de España sin coste aparente: entonces su conquista podría ser utilizada para negociar con Inglaterra; o bien podía unir su familia y la dinastía española mediante el matrimonio de una princesa imperial y Fernando, el heredero del trono, tal como este último le había sugerido recientemente, asegurándose de este modo una influencia directa sobre el futuro inmediato del país. Su tercera opción consistía en apoderarse de la parte

norte de España a partir del Ebro: el País Vasco, Navarra, Aragón y Cataluña, puesto que, con el flanco sur de los Pirineos en sus manos, se aseguraba un *glacis* imperial defendido por el gran río; el resto del país podía dejarse bajo el gobierno de un Borbón, a quien se podría compensar de aquella pérdida con el norte de Portugal. Por último, podía destituir a los Borbones y sentar en el trono de España a un miembro de su familia, y ejercer así un control directo sobre el destino del país.¹⁰

En cuanto a sus objetivos estratégicos, además de asegurarse el completo bloqueo económico de Gran Bretaña, mantuvo abiertas varias opciones, que nunca fueron puestas en práctica. La inesperada insurrección española en contra de su encubierta invasión requería una masiva intervención militar imperial que no entraba en sus planes.*

En casi todas las zonas ocupadas las tropas imperiales actuaban como un auténtico ejército de ocupación, saqueando y requisando comida, pues, según ellos, su aliado español no se la proporcionaba en cantidad suficiente ni lo bastante rápido.¹¹ En algunos lugares se empezaba a producir si no una resistencia abierta por lo menos una extendida reacción personal. En Guipúzcoa, por la que atravesaba la principal carretera Madrid-París, la incursión de las tropas imperiales fue acompañada de un repentino descenso de concepciones durante los primeros tres meses del año.** Guipúzcoa había sufrido profundamente con la invasión de los revolucionarios franceses durante la guerra española contra la Convención francesa de 1793-1795, cuando su habitual índice de mortalidad se duplicó, conduciendo al mayor descenso de población del siglo XVIII. Sus habitantes no habían olvidado aquella experiencia en esta nueva invasión francesa.¹²

Pero en otros lugares, como en la vecina Navarra, se produjeron confrontaciones abiertas y enfrentamientos entre los labriegos y la sol-

* Éstos consistían en atacar a Gran Bretaña en Oriente: otra invasión de Egipto, como amenaza a la India... o un ataque a la propia India; el desmembramiento del imperio otomano, como había acordado con el zar en Tilsit; y a un nivel menor, más inmediato, el posicionamiento de fuerzas en Corfú y su avituallamiento, concedido por Rusia en Tilsit; o la conquista de Sicilia hacia donde había huido la corte de Nápoles, aliada reaccionaria de Gran Bretaña (Mercader Riba, 1952, p. 236; Fugier, 1930, vol. II, pp. 377-378).

** El término concepciones, tal como se utiliza aquí y más adelante, hace referencia a nacimientos bautizados, calculando la fecha nueve meses atrás. Autor, base de datos: *Demografía*, concepciones mensuales regionales, 1799-1817.

dadesca francesa. En Barcelona hubo numerosos incidentes entre las tropas españolas y francesas, que provocaron varios muertos y heridos.¹³ El general Duhesme, el comandante francés, ordenó a sus fuerzas que se apoderasen de las cuerdas de las campanas de las iglesias para evitar la tradicional llamada popular a las armas y autodefensa contra el agresor.¹⁴ Pero la ciudad estaba demasiado bien controlada por los militares franceses como para posibilitar una insurrección.

Fuera de Barcelona reinaba la incertidumbre y la confusión.

El doctor Luis Freixas, concejal de Villafranca del Penedés, en una misiva a su hijastro, que estudiaba en la Universidad de Valencia, describía el ambiente y la división de opiniones entre un reformista ilustrado como él y el plebeyo iletrado. Todos los catalanes estaban «conmociónados y sorprendidos por la ocupación de Barcelona por parte de las tropas francesas», pero los «elementos más sanos», como se describía a sí mismo y a las clases cultas, la consideraban una «providencia de precaución para realizar los proyectos de Napoleón». En ningún momento concibieron la posibilidad de «vivir bajo otros amos que la familia de los Borbones».

Las más de las gentes se creen ser de príncipe frances, yo no lo creo. Los eclesiásticos son los que fomentan más estas ideas, pero es bien visto que el propio interés les alucina y preocupa. Considerate como quedan nuestras buenas Monjas, que crehen las han de enviar a pasear luego. Los frailes lo mismo, y los curas temen una reforma formidable...

Yo me lo miro con serenidad y creo que nada será de lo que se teme. Tú por tu parte quédate tranquilo como nosotros lo estamos en casa...*

Hasta primeros de marzo, cuando se enteraron de que su «aliado» había ocupado los puestos fortificados españoles, gran parte de la población que residía fuera de las zonas directamente afectadas seguía creyendo que las tropas napoleónicas tenían como objetivo reforzar a Junot en Portugal, atacar Gibraltar o evitar que los británicos se apoderasen de Cádiz. El propio rey, Carlos IV, que temía proporcionar a Napoleón el más ligero pretexto que pudiese desencadenar una agresión,

* Dos años después, casi en aquella misma fecha, Luis Freixas fue asesinado por soldados imperiales que, viéndose cercados por tropas catalanas, se habían retirado al cuartel de Villafranca tomando como rehenes a una serie de personalidades locales, entre ellas Freixas, que había desempeñado un destacado papel en la defensa de la población local contra los peores excesos imperiales. Antes de rendirse, los franceses atravesaron a Freixas con sus espadas (Benach i Torrents, 1968, pp. 17 y 59-61).

mantuvo a la población en el error haciendo públicas tranquilizadoras proclamas acerca de la presencia de las tropas imperiales; también contribuyó a ello, aunque por razones harto diversas, una facción del entorno del heredero al trono, Fernando, que esparció el rumor de que Napoleón apoyaba su lucha contra Godoy, el primer ministro español.

Entretanto, la vida en Madrid transcurría con aparente normalidad: la inflación había disminuido temporalmente, los empeños cayeron en más de un cuarto y aumentaron los rescates. Los teatros de la capital, termómetro del sentimiento público, hacían buenos negocios, los artículos franceses de lujo y los libros eran objeto de gran demanda: la Francia de Napoleón se tenía en gran estima.¹⁵

Sin embargo, todo cambió de la noche a la mañana ante la noticia de la ocupación de las fortalezas españolas y la revelación desde Portugal de que el ejército de Junot no sólo se había apoderado del país en nombre del emperador tras la huida de la familia real,* sino que estaba saqueando sus riquezas. Más aún, al enterarse la población de que un ejército francés de cincuenta mil hombres a las órdenes del mariscal Murat avanzaba, lenta pero decididamente, hacia Madrid, con el manifiesto objetivo de continuar hacia el sur en dirección a Cádiz,¹⁶ el temor se extendió entre los habitantes de la capital y de las dos Castillas. Los matrimonios descendieron drásticamente, pues los jóvenes prometidos, los viudos y las viudas, pospusieron o cancelaron sus bodas por toda la región. Este generalizado y repentino cambio de planes era una señal inequívoca de la preocupación de la gente por el futuro inmediato.**

* El 1 de febrero de 1808, Napoleón hizo pública una proclama declarando que, puesto que la casa de Braganza había dejado de gobernar Portugal, él había puesto el país bajo su protección y sería gobernado en su totalidad y en su nombre por el comandante de su ejército, es decir, Junot. De este modo Napoleón abrogaba unilateralmente las disposiciones del tratado de Fontainebleau sobre el desmembramiento de Portugal en diferentes reinos, de los que Godoy recibiría el del sur y los Borbones españoles el del norte, y dejó sin efecto una de las opciones arriba mencionadas (Proclama de Junot en Torenó, 1838/1916, p. 43).

** En Castilla la Nueva, donde estaba ubicada la capital, los matrimonios cayeron en dieciséis por ciento, y en Castilla la Vieja un 5,5%, por debajo de la media de 1800-1817. (Autor, base de datos: *Demografía*, matrimonios mensuales regionales, 1800-1817.) Tras dos años de elevados índices de matrimonios, las cifras tarde o temprano habían de descender. Lo que resulta llamativo es que el descenso fue simultáneo en estas dos extensas regiones. En Cataluña se registraron caídas todavía más drásticas, alcanzando el cincuenta por ciento del promedio, durante los seis meses posteriores a la toma de Barcelona por parte de los franceses en febrero. Puesto que los enlaces responden, más que cualquier otro dato demográfico, a una decisión personal, incluyendo la concepción, el repentino descenso castellano en el mes de marzo, tras dos meses por encima de la media, parece prueba harto elocuente de una preocupación generalizada por el futuro inmediato.

En la capital, durante las dos primeras semanas de marzo la recaudación de las taquillas de los teatros cayó bruscamente.¹⁷ Al parecer, la única buena noticia era que Godoy estaba más triste que de costumbre durante su estancia semanal en la capital; la caída del detestado favorito parecía ahora inevitable, y el valor de los bonos del tesoro, los *vales reales*, aumentó en consecuencia.¹⁸

EL VIEJO ORDEN EN CRISIS

Tanto política como económicamente, si España no había llegado a su nadir, a principios de 1808 estaba más cerca de alcanzarlo que en cualquier otro momento de los tres cuartos de siglo ya transcurridos. La metrópoli del mayor imperio del mundo estaba prácticamente en bancarota. Durante los doce últimos años, la España de Godoy se había ido endeudando progresivamente a causa de la guerra. El progreso económico y demográfico del largo siglo XVIII (la expresión queda justificada por el hecho de que el progreso agrícola y demográfico había dado comienzo en el último cuarto del siglo XVII), que había visto aumentar su población de seis a once millones, acompañado de un considerable incremento en agricultura, industria y comercio, estaba próximo a su fin. Las restricciones inherentes a la estructura de la propiedad de tierras del Antiguo Régimen, dominado por la Iglesia y la nobleza, imponía serios límites a mayores avances agrícolas. A causa de las guerras, el inicio de una revolución industrial basada en la fabricación textil en Cataluña sufrió la pérdida de su mercado más importante, el nuevo mundo español. Los grandes comerciantes en los principales puertos experimentaron un notable descenso en el comercio colonial. Una espiral inflacionista de los precios agrarios redujo el escaso poder adquisitivo de las clases populares (ni siquiera las rentas de los terratenientes nobles y clérigos ni los derechos señoriales podían seguir el ritmo del aumento del precio del trigo), y creció el desempleo, especialmente en las industrias textiles. La sequía y la peste se añadieron a la miseria y angustia generales. En un país pobre, con técnicas agrícolas tan primitivas como las de Rusia, y sin un mercado nacional desarrollado, una mala cosecha local podía desembocar en una catástrofe: por falta de un adecuado sistema de carreteras y de un transporte barato, el trigo procedente del extranjero no podía ser trasladado de los puertos a las zonas del interior que se encontraban en apuros. Por otro lado, en los años de abundancia, el excedente de trigo

tampoco podía ser transportado, de no ser a un coste prohibitivo comparado con el trigo importado, desde las llanuras castellanas productoras de cereales hasta las regiones costeras, donde había habido un mayor crecimiento de la población en el siglo XVIII. Así pues, España se encontraba en una situación paradójica: Castilla producía un excedente de trigo y compraba tejidos extranjeros mientras que Cataluña producía tejidos e importaba grandes cantidades de trigo. Todo ello redundó en una deficitaria balanza de pagos para todo el conjunto de España. El sistema sólo podría funcionar mientras el comercio colonial sostuviese el déficit.¹⁹

Aunque durante los períodos de paz había momentos de respiro frente a los reveses económicos, la guerra a la Revolución Francesa, primero, y luego, como aliada de Francia, la guerra contra Gran Bretaña, habían aumentado el gasto público durante la década anterior entre cinco y ocho veces.²⁰ En 1808, el endeudamiento anual era casi el doble de los ingresos obtenidos a través de los impuestos nacionales y la deuda total equivalía a los ingresos de diez años.²¹

La vertiginosa erosión del Viejo Orden había coincidido con el ascenso al trono de Carlos IV a la muerte de su padre, Carlos III, y el estallido de la Revolución Francesa tan sólo seis meses más tarde. En su reinado, los problemas exteriores y nacionales, separados y combinados, empezaron a amenazar las estructuras sobre las que, durante los últimos tres cuartos de siglo, había descansado el absolutismo borbónico. Aunque «bien intencionado y entusiasta como su padre», el nuevo rey era, en palabras de un clérigo ilustrado contemporáneo, «débil, flojo, menos sagaz de lo que conviene á un soberano ... No dejaba de conocer también el ascendiente que llegó á tener sobre su espíritu pusilánime la reyna Maria Luisa».²² Se requería pues un formidable estadista; y si Carlos IV carecía de esta cualidad, entonces carecía también de otra igualmente importante: encontrar y nombrar al estadista adecuado.*

* La principal tarea de Carlos IV era cazar de nueve a doce y de dos a cinco cada día, bajo cualquier condición meteorológica, siguiendo el ejemplo de su padre. (La caza les fue indicada a los Borbones españoles como medio para evitar la melancolía.) Por las noches solía preguntar a Godoy: «¿Y qué han hecho hoy mis vasallos?». Hasta la avanzada fecha de 1803 «olvidaba» constantemente que las colonias británicas de América habían logrado la independencia, aunque España, como aliada de Francia y enemiga de Inglaterra, había proporcionado ayuda a los americanos revolucionarios.

SECUELAS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Durante varias noches el cielo de comienzos de verano que cubría Francia más allá de los Pirineos estuvo tan claro como el día, o iluminado, resplandeciente de bermellones, dorados y azules. «Siempre con una claridad y variedad que quienes lo contemplaban se quedaban asombrados...», escribió en su dietario el dueño catalán del hostel Thiona, segunda posta en la carretera real de Barcelona a París. «Las luces celestiales eran sin duda una manifestación del cielo de las calamidades y desgracias que estaban por venir, y de los mártires que habían de morir, en las revoluciones.»²³

Los extraordinarios cambios que aportó la revolución en Francia, la aliada de España, desembocaron en una serie de transformaciones excepcionales en la propia España. En primer lugar, la revolución atemorizó a los reformistas ilustrados del gobierno que, durante los últimos veinte años del reinado de Carlos III, habían tratado de eliminar los «estorbos» heredados que impedían el avance económico y social, sin minar las estructuras del Antiguo Régimen. Su credo quedaba resumido en «todo para el pueblo, pero sin el pueblo». Creían, por ejemplo, que la Iglesia necesitaba una reforma: la Inquisición, porque no sólo se ocupaba de asuntos religiosos, sino también de cuestiones de estado; y las órdenes religiosas, debido al gran número de frailes y monjes «improductivos», algunos de los cuales hacían gala de una escandalosa relajación moral. No obstante, a diferencia de los *philosophes*, no cuestionaban (por lo menos abiertamente) la fe católica. Criticaban a la nobleza por su «ociosidad», pero creían que ocupaba un puesto esencial en la sociedad. Pensaban que la vinculación de una gran parte de las tierras de la Iglesia y la nobleza era un serio obstáculo a la creciente producción agrícola, y ocultaba al mercado grandes extensiones de tierra infrautilizadas, pero nunca se enfrentaron directamente a la amortización. Criticaban a los gremios de artesanos por sus prácticas monopolistas en el establecimiento de precios y control de producción, pero no los abolieron. Su determinación de no provocar el derrumbe de todo el edificio en torno a sus cabezas pudo más que su entusiasmo reformista. Así pues, no es de extrañar que la Revolución Francesa les desviase de su derrotero de reformas (si es que no habían agotado ya su energía intelectual) porque éstas en Francia habían sentado un precedente peligroso.

Un ejemplo de este cambio de rumbo lo constituye el conde de Floridablanca, que lideró el gobierno reformista durante veinte años antes

de la revolución. Hijo de un escribano, y con sesenta años de edad, representaba al «pechero» (el obligado a *pechar*, a pagar impuestos) ilustrado o a la pequeña nobleza sin título de la que procedían los principales miembros de la vieja administración del rey, y a quienes Carlos III recompensó con títulos. Su intento de imponer un *cordon sanitaire* para evitar que la «plaga» revolucionaria entrase en España fue más el resultado del pánico que una respuesta a la posibilidad real de que el contagio se convirtiera en una epidemia activa. El país no estaba preparado para la revolución, ni desde el punto de vista social, ni político, ni cultural.*

Las diferencias con Francia eran notables. Dicho de modo esquemático, las clases medias cultas españolas y la pequeña nobleza sin título no habían sido excluidas del poder político por parte de la alta nobleza como sucedía en Francia; y a diferencia de la nobleza francesa, que era incapaz de obtener suficientes excedentes económicos de sus labradores arrendatarios a largo plazo y percibía sus ingresos de su control del estado, la nobleza española, excluida del gobierno del estado, se aseguraba sus beneficios mediante arriendos a corto plazo aprovechando la demanda inflacionista de tierras y un control oligárquico de los municipios locales.

El absolutismo permitía pingües ingresos a los comerciantes coloniales españoles. Los grandes mercaderes, que en comparación con Francia e Inglaterra eran relativamente pocos, no tenían motivo alguno para ser hostiles al régimen, es más, en general lo apoyaban. Mientras que la crisis fiscal del estado francés era aguda, en España todavía tenía que producirse. Pero quizá lo más importante de todo es que no había habido una amplia preparación cultural crítica con el absolutismo como en Francia; no había, por ejemplo, *sociétés de pensée* para crear una opinión pública independiente de las fuentes tradicionales de autoridad.** En

* Sólo había una similitud con Francia: en 1788-1789 hubo malas cosechas de grano, y en febrero-marzo del año anterior, Barcelona fue escenario de graves disturbios; en numerosas ciudades del interior se produjeron conmociones similares. No obstante, éstos fueron muy localizados y no se extendieron a un movimiento más amplio.

** En España lo más parecido a las sociedades de debate educativo a lo que se llegó ilustra la distancia que la separaba del ejemplo francés. El propósito de las sociedades económicas (Real Sociedad Económica de Amigos del País), que aparecieron por primera vez en el País Vasco en 1765, era el de fomentar la agricultura, el comercio, la industria, las artes y las ciencias. A pesar de que representaban fundamentalmente intereses agrícolas, los nobles terratenientes brillaban por su ausencia al igual que los comerciantes en las ciudades portuarias (Barcelona, Cádiz, La Coruña, Bilbao) donde no había sociedades. Quienes las apoyaron activamente fueron el clero ilustrado y los pecharos más en

1780, los libros religiosos constituían sólo una décima parte de los títulos franceses, en España la proporción de obras piadosas, devocionarios y vidas de santos había experimentado pocos o ningún cambio a lo largo del siglo XVIII.* Tampoco habían variado los rituales religiosos de muerte y sepelio.²⁴

La Ilustración nunca penetró muy a fondo en las clases populares, cuya lealtad a la corona, al altar y a sus tradiciones siguió siendo manifiesta. De nuevo se hace patente la gran diferencia entre los dos países: la proporción de quienes sabían leer y escribir y de los analfabetos en España y Francia era inversa. El 74 por 100 de la población francesa estaba alfabetizada, mientras que aproximadamente un 85 por 100 de los españoles eran analfabetos.**

A pesar de que el gobierno hacía todo cuanto estaba en su mano para evitar que las noticias de la revolución llegasen a España, era imposible impedir que entrase en el país material sedicioso de contrabando. La información se extendió mucho, pero se trataba de una amplitud geográfica más que de una profundidad sociológica. Sin duda, «ecos» de la revolución resonaban aquí y allá: por ejemplo, los habitantes de Torrecilla sobre Alesanco en La Rioja se echaron a la calle en 1793 proclamando libertad para Francia «con reiterados *vivas* por la igualdad y la Asamblea (revolucionaria francesa)», repitiendo al cabo de unos días las tumultuosas escenas.²⁵ En distintos lugares aparecieron con cierta frecuencia carteles incendiarios y cartas anónimas reproduciendo lemas revolucionarios. Pero se trataba normalmente de casos aislados: obra de individuos impetuosos o desafectos cuyo uso de dichos lemas, cabe pensar, iba la mayoría de las veces dirigido a atemo-

tusiastas. Una de las más destacadas características de las sociedades era su vínculo con la religión (Anes, 1972, «Las sociedades de Amigos del País», pp. 13-41, y Anes, 1976, pp. 398-400; Herr, 1958, pp. 154-163).

* Madrid era una excepción, allí se producían más libros sobre arte y ciencias. Pero en las capitales de provincias no hubo cambio alguno. (Las cifras francesas en Chartier, 1991, p. 71; las proporciones españolas en Teófanos Egido, «La religiosidad de los españoles (siglo XVIII)», en VV.AA., 1990 (1), p. 769).

** El cuarenta y siete por ciento de los hombres franceses y el veintisiete por ciento de las mujeres francesas (Chartier, 1991, p. 69). Aproximadamente, el setenta y cinco por ciento de los hombres españoles y el noventa por ciento de las mujeres eran analfabetos. Sólo entre las clases populares, los varones capaces de leer y escribir, según datos obtenidos de los que firmaban su nombre en las listas de reclutamiento, iban del 13,5% entre los trabajadores agrícolas de un pueblo de Andalucía al 20,6% entre los varones urbanos y rurales de una población catalana. (Véase el Apéndice 3.)

rizar a las autoridades locales.* El hecho de que el uso de dichos símbolos representase una ruptura de valores se sitúa más en el terreno de lo imaginario que en el de las ideas.**

La amenaza contra la vida de Luis XVI, primo del rey español, a quien Carlos IV trató de salvar por todos los medios, acarreó un cambio extraordinario en el liderazgo de España: el nombramiento de un favorito real, un antiguo oficial de la Guardia de Corps de veinticinco años de edad, Manuel de Godoy, para dirigir el gobierno e intentar triunfar allí donde dos viejos y experimentados primeros ministros, Florida-Blanca y su sucesor el conde de Aranda, habían fracasado. Un desconocido procedente de la pequeña nobleza recién ascendido por el rey a duque y grande de España; un primer ministro que no se había pasado la vida medrando en el servicio real para alcanzar el poder; el primer favorito real que gobernaba el país desde hacía siglo y medio... Este cambio ilustraba, como mínimo, los problemas que había causado la Revolución Francesa entre la élite gobernante. Si Godoy era o no el amante de la reina carece de especial relevancia histórica. Sin embargo, lo que sí importa desde el punto de vista histórico es que los españoles de toda clase y condición no tardaron en convencerse de que debía su encumbramiento a lo que ellos daban por cierto; y le despreciaban por ello a él y a la reina, y compadecían al rey cornudo. Fue el comienzo de una deslegitimación popular del soberano reinante, aunque no de la monarquía, en un momento crítico para el Antiguo Régimen. Como comentó un historiador del reinado de Carlos IV:

Poco hubiera importado a sus ojos (del pueblo) que don Manuel Godoy, a los veinticinco años de su edad, fuera ya duque de Alcudia, por nombramiento gratuito del rey, y primer ministro, si teniendo presente la situación crítica en que estaba el reino, hubiesen también descubierto en el favorito talentos superiores, o si, cuando menos, se hubiera tenido no-

* Un ejemplo: José Rodríguez, un agricultor de Sueca, Valencia, fue sentenciado a diez años de cárcel en 1795 por escribir un cartel que rezaba: «Viba quien save plantar en esta Villa, Señores, el arbol de la livrtad: los Ricos guardan sus hijos y putas quieren sembrar...». En su juicio se dejó entrever que estaba protestando por las manipulaciones de los ricos para mantener a sus hijos apartados del ejército en guerra con la Convención francesa, y que el año anterior había escrito otros dos carteles atacando a los franceses que vivían en Sueca (Elorza, 1989, p. 97).

** Elorza, 1989, pp. 102 y 99. Este punto de vista fue confirmado por un agente francés, Chantreau, que tras una misión secreta en Cataluña en 1792, escribió: «les apôtres de notre révolution seroient très mal reçus». [«Los apóstoles de nuestra revolución serían muy mal recibidos».] (citado en Roura, 1993, p. 136).

ticia de acciones gloriosas que hubiese hecho anteriormente, por donde se pudiesen vaticinar importantes servicios en lo venidero ... Lo que dolía a los españoles era el origen del favor de don Manuel Godoy, debido únicamente a la pasión de la reina...²⁶

La única «acción gloriosa» anterior que se le podía reconocer a Godoy era que, siendo guardia de corps, había caído de su caballo y vuelto a montar rápidamente mientras escoltaba a la entonces princesa Luisa, cosa que hizo que se fijase en él. Su relativa buena apariencia no podía imputarse a ningún otro logro suyo anterior. Durante los dieciséis años que gobernó España, con un breve intervalo, se convirtió en el primer ministro absolutista más difamado y odiado de los Borbones — indebidamente, a la luz de la historia —.

La ejecución de Luis XVI afectó a España en lo más profundo. A pesar de las concesiones de última hora hechas a Francia por Godoy, sus esfuerzos por salvar a Luis fueron infructuosos. En España, donde la corona y el altar eran consubstanciales a la esencia del pasado del país y a la continuidad de su existencia, el regicidio era el delito máximo.*

¡Guar de ti, loca nación, que al cielo
Con tan horrendo escándalo afligiste,
Cuando tendiste la sangrienta mano
Contra el ungido!²⁷

escribió Gaspar Melchor de Jovellanos, personificación de la Ilustración en España. La simpatía por el intento inicial de la Revolución Francesa de establecer una monarquía constitucional, considerada por los ilustrados más progresistas como la solución al absolutismo español, se convirtió en antipatía; el Terror hizo que desembocase en repugnancia.

Finalmente, como era de prever, la revolución provocó violentos ataques por parte de clérigos y seglares no reformistas a la Ilustración, considerada responsable de la «anarquía» en Francia. Para los clérigos más extremistas, la revolución era la mismísima encarnación del mal, obra de los «siniestros filósofos», y la misión fundamental y derecho divino de la monarquía consistía en reprimir semejante obra de Luci-

* Al respecto, conviene señalar que, a pesar de la turbulencia de gran parte de la historia política de España desde comienzos del siglo XIX hasta el primer tercio del XX, que fue testigo del exilio de dos monarcas y de la abdicación al trono de un tercero sin esperanza de poder gobernar, los españoles jamás cometieron regicidio alguno.

fer, que distorsionaba el orden inmutable y jerárquico de la sociedad. La ayuda y consejo de la Iglesia, y, sobre todo, la de la Inquisición, eran indispensables para este fin.²⁸

La oposición de los conservadores a la reforma ilustrada era antigua, pero la revolución le dio un nuevo impulso y coherencia, uniéndose a ella la propia generación de viejos reformistas; aunque de forma temporal, el apoyo al Antiguo Régimen de España se vio intensificado.

No obstante, un reducido número de jóvenes poetas y escritores conservaron la fe en la necesidad de una reforma: «espíritus inquietos» como Manuel José Quintana y el abate José Marchena, que más tarde acabarían enfrentándose el uno al otro como primeros «ideólogos» de los dos bandos del conflicto ideológico y político español, que fue parte integrante de la guerra napoleónica.

Lo que caracterizaba a estos progresistas era la creencia en la libertad y en las virtudes inherentes a la patria, profanada, según ellos, por el absolutismo y el reinado de un déspota, Godoy. Vieron con buenos ojos el derrocamiento del Antiguo Régimen por parte de la Revolución Francesa y su intento inicial de crear una monarquía constitucional; apoyaron la Declaración de los Derechos del Hombre; creyeron en la liberación de la opresión y en la libertad de expresión que introdujo la revolución; compartieron la opinión de que *la patrie* pertenecía al pueblo y expresaba sus necesidades, y no sólo las de una élite. Hasta aquí los logros políticos de la Revolución Francesa les podían servir. Pero se percataron también, en palabras de Quintana, de que «... estos trastornos políticos que ... ahogan las luces, se tragan los talentos, corrompen de una vez las costumbres, y por raudales de sangre y montones de cadáveres y ruinas levantan a un ambicioso insolente a la cumbre de la fortuna ... ¿Y lo querría para mi Patria?». ²⁹ En resumidas cuentas, el regicidio y el terror jacobino en nombre del pueblo habían atemorizado a su generación, mientras que el desenlace final de la revolución, la «dictadura» de Napoleón, les horrorizaba en tanto que constituía una nueva tiranía, «una traición» a lo mejor de la revolución. La Revolución Francesa no era el modelo a seguir que ellos proponían. Incluso uno de los pocos españoles defensores declarados de la revolución, el abate José Marchena, que se refugió en Francia y se hizo girondino, escribió una proclama a los españoles en la que su propuesta más radical consistía en convocar las Cortes del Viejo Orden. Se mostraba muy consciente de la importancia de las instituciones españolas del pasado y de su ardiente catolicismo.³⁰

En opinión de los progresistas, y esto sí que era innovador, el pueblo español tendría que llevar a cabo las reformas necesarias a su manera.* Por supuesto, no se referían a las clases más bajas e incultas del pueblo: la democracia era una ilusión peligrosa que sólo conducía al desorden y al derramamiento de sangre. Pero cuando el pueblo (respetable) alcanza la libertad, «el bien de la patria, es la primera ley». El pueblo debe llevar a cabo esta ley y hacerla efectiva, como única garantía de que «la voluntad general» pueda evitar los abusos de cualquier «voluntad singular».** En este sentido, pues, podría decirse que habían invertido la máxima de los reformistas ilustrados de «todo para el pueblo, pero sin el pueblo». Contaban con «el pueblo» para llevar a cabo las reformas en las que habían depositado su fe.

¿Y qué pensaban las clases trabajadoras españolas de la Revolución Francesa? Los testimonios directos son escasos, pero a través de los ojos de las autoridades nos han llegado ocasionales destellos. En 1791, por ejemplo, el gobernador de Lérida advirtió al primer ministro de la gran cantidad de trabajadores franceses que cruzaba los Pirineos como de costumbre en busca de trabajo en los molinos de la aceituna del sur de Cataluña, partes de Aragón y Valencia. En estos días, «no pueden ser provechosas sus conversaciones con estos naturales incautos» porque inevitablemente hablaban de

...su nueva constitución, su libertad, su igualdad, rebaja de la mitad de los tributos y pechos que pagaban antes, exención de gabelas, diezmos y derechos parroquiales en los bautizos, matrimonios, entierros y otras ventajas de sus nuevas leyes que en este bajo pueblo pueden hacer alguna impresión, cotejando sin reflexión aquellas aparentes utilidades que oyen en

* He homogeneizado intencionadamente los puntos de vista de los poetas y escritores más progresistas, cuyo criterio fue influyente durante la guerra, de manera que no hace justicia a la variedad de razonamientos intelectuales expresados en las tertulias literarias de Quintana. Es evidente que no todos los asistentes compartían todas las opiniones aquí manifestadas, pero sí que movilizaron a una minoría políticamente consciente durante la guerra napoleónica.

** El, en cierto modo, retorcido lenguaje de José María Blanco, en una propuesta a la Comisión de Literatos del Real Instituto Militar Pestalozziano, puede justificarse por el temor a la censura y a la Inquisición, puesto que la voluntad «singular» a la que hace referencia apunta a Godoy, o en términos más generales, al absolutismo (Moreno Alonso, 1989, pp. 244-245).

dichas conversaciones con lo que aquí se paga. No presume que los tales franceses hablen de estas cosas maliciosamente siendo gentes sencillas e ignorantes, ni tampoco que los naturales puedan formar ideas ventajosas de la Revolución francesa, antes por lo contrario por causa de ella son generalmente mirados con sumo desprecio.³¹

El informe del gobernador resulta ambiguo: Los «incautos habitantes locales», por los que él temía, se convirtieron casi al instante en individuos cautos que reaccionaron con desprecio ante la revolución. ¿Desprecio por la libertad y por la igualdad? ¿O por el hecho de que, como decía el gobernador, estos labradores franceses gozaban del favor de los propietarios de los molinos porque trabajaban en tareas «para las que pocos de los habitantes locales estaban preparados» y por salarios inferiores a los percibidos por un español? Una posible explicación de esta ambivalencia apareció en otro comunicado al ministro, esta vez del capitán general de Cataluña, el conde de Lacy, en febrero de 1792:

Los catalanes ven con ojos de envidia que hay artesanos y gentes de oficios que quieren trabajar y sólo hacen por dos cuartos menos, es una envidia y veo que en los lugares están mal vistos los emigrantes, y estoy con cuidado para que no pare en golpes, que sería un degüello...³²

A lo largo de toda la década de 1780 hubo una inmigración francesa a Cataluña a gran escala, atraída por los altos salarios pagados en la manufactura textil. Pero una disminución en la fabricación en 1789 dejó a muchos de aquellos inmigrantes sin trabajo.³³ ¿Qué verdadero beneficio les había aportado la revolución si no podían encontrar trabajo en su propio país y se tenían que ofrecer para trabajar por un salario inferior al que cobraba un artesano catalán que, al igual que los jornaleros de los molinos aragoneses y valencianos, estaba experimentando un serio descenso en su paga debido a la inflación? ¿Cuál era el significado de libertad e igualdad en semejantes circunstancias? El desprecio por la Revolución Francesa tenía un fundamento perfectamente comprensible en el «mal sentimiento» que suscitaban aquellos trabajadores inmigrantes por sus prácticas laborales, especialmente si se tiene en cuenta que la xenofobia, el sentimiento antifrancés en aquella época en concreto, prendía fácilmente entre las más bajas extracciones sociales españolas, como demostraron los graves disturbios antifranceses de 1793 en Valencia.

Es muy probable que hubiera una mayor efervescencia revolucionaria en las grandes ciudades como Barcelona y Madrid donde «...en las tabernas ... y en el café, no se oye mas que batallas, revolución, Convención, representación nacional, libertad, igualdad: hasta las putas te preguntan por Robespierre y Barrere (*sic*)...», escribió P. Estala a Juan Pablo Forner; pero como este último era un ilustrado aunque notorio pensador contrarrevolucionario, las opiniones de su corresponsal pueden haber sido retocadas para magnificar el peligro revolucionario.³⁴

Lo imaginario, que puede contener signos y símbolos contradictorios, no es garantía de acción futura, y sus giros y vueltas son difíciles de documentar. Sin embargo, cuando los labriegos españoles tuvieron la libertad de hacerlo, durante la lucha antinapoleónica, dejaron de pagar tributos y diezmos; y la igualdad, si no de otra cosa por lo menos de sacrificio, se convirtió en una de las exigencias públicas más notorias.

GUERRA CONTRA LA FRANCIA REVOLUCIONARIA

Conscientes del coste de la guerra, los dos primeros ministros anteriores habían procurado que España no entrase en conflicto armado con la Francia revolucionaria. Godoy trató de seguir esta misma política, pero después de que la Convención rechazase la interferencia española en su intento por salvar la vida de Luis XVI y declarase la guerra a España, respondió del mismo modo. A escala reducida, la guerra que se desató fue, en muchos aspectos, un preludio de la guerra napoleónica.*

La similitud empezó con la extrema «locura» militar de luchar contra Francia, tanto si se trataba de la potencia militar de Napoleón en 1808 como de la Francia revolucionaria en 1793, que había derrotado a los prusianos en Valmy y a los austríacos en Jemappes el otoño ante-

* Comparado con la posterior guerra napoleónica, éste fue un conflicto a pequeña escala tanto temporal como espacialmente. Los combates se limitaron básicamente a Cataluña, las provincias vascas y Navarra, y se prolongaron poco más de dos años, mientras que la guerra napoleónica se extendió por toda España, duró seis años, y en su punto culminante se vieron implicados trescientos mil soldados imperiales: siete veces más que el máximo desplegado durante la guerra de la Convención. Había también otras diferencias fundamentales: la guerra de la Convención no empezó con la ocupación de Madrid y de gran parte del norte por parte de los franceses, no había habido ninguna crisis dinástica previa que los franceses pudiesen explotar para expulsar a los Borbones del trono, ni inspiró abiertamente la independencia de las colonias españolas. (Para una comparación entre ambas guerras véase Jean-René Aymes, «La “Guerra Gran” (1793-1795) como prefiguración de la “Guerra del francés” (1808-1814)», en Aymes, ed., 1989, pp. 311-366.)

rior, victorias que enviaron ondas de choque a las potencias contrarrevolucionarias. A pesar de ser novato en el ejercicio del poder supremo, Godoy era muy consciente de la debilidad de su ejército y del deficitario estado financiero del tesoro: ambos llegarían a una situación mucho más crítica en 1808. Sin embargo, en las dos ocasiones España tuvo suerte de no tener que enfrentarse de inmediato a los veteranos franceses curtidos en la lucha. En 1793 combatieron contra una fuerza de la Convención, numerosa pero militarmente inexperta, en el suroeste de Francia y en 1808 eran principalmente reclutas imperiales novatos de regimientos creados reciente y precipitadamente. En ambos casos, los ejércitos españoles fueron coronados con tempranas victorias que no tardaron en convertirse en aplastantes derrotas.

El fervor religioso y la inicial movilización popular en defensa de *la Religión, el Rey y la Patria* (lema bajo el que se alzaron después los españoles contra Napoleón) eran las similitudes más visibles entre ambas guerras. Acuñado por los antirrevolucionarios clericales, el lema combinaba tres elementos significativos para todos los órdenes sociales: la religión, denominador común de todos los españoles, se aliaba con el monarca, pastor seglar benévolo de su rebaño, y la patria o comunidad a la que todo individuo se sentía pertenecer y donde todo el mundo tenía, aunque vagamente, intereses materiales que defender. Muy apropiadamente, para la Iglesia, la trilogía se convirtió en una unidad trinitaria. «La Patria, el Rey, Dios mismo no son aquí sino un objeto y fin total», dijo fray Juan Izquierdo, doctor en teología sagrada, en un sermón ampliamente reproducido y pronunciado durante la bendición de la bandera de un batallón en Barcelona.³⁵ O como lo expresó el conocido predicador misionero del momento, fray Diego José de Cádiz:

Todo católico de fe está obligado a preservar la verdad de su religión y fe contra sus enemigos, hasta el extremo de sacrificar la vida en su defensa si fuere necesario ... La santidad de nuestra religión católica exige de sus profesionales militares que ... santifiquen sus manos con la sangre de sus profanadores ... el soldado de Cristo mata con seguridad ... gana gloria para sí si muere, y para Cristo si mata.³⁶

No obstante, el lema tenía un significado más profundo: expresaba un cambio en la definición de guerra como conflicto entre estados por motivos territoriales o dinásticos a una guerra nacional, ideológica en la que el enemigo quedaba individualizado y anatemizado.

Las lecciones de los llamamientos que la Revolución Francesa dirigía a toda su población para que se uniese en la «*défence de la patrie*» contra el «maligno» enemigo fueron gustosamente aprendidas por los contrarrevolucionarios religiosos españoles, quienes no tardaron en devolvérselas. Desde su punto de vista, que tenía rostro de Jano, *la patrie*, con sus connotaciones revolucionarias para los franceses, se convirtió en *la patria*, y pasó a ser un llamamiento para defender una patria contrarrevolucionaria, sus leyes, costumbres y tradiciones, el Viejo Orden de España, su monarquía y su religión. La Iglesia española estaba bien preparada para esta especie de giro ideológico, para combatir en una cruzada contra los herejes extranjeros. No es de extrañar, pues, que el lema resurgiera con más fuerza incluso a comienzos de la guerra napoleónica, lo mismo que el folleto de Diego de Cádiz, que volvió a convertirse en el catecismo de muchos soldados voluntarios tras el levantamiento contra Napoleón en 1808.

Las similitudes entre los dos conflictos no terminaban aquí: ambos compartían otros elementos más materiales. Los comandantes del ejército español, con pocas excepciones, resultaron ser unos ineptos; el propio ejército carecía de hombres suficientes, estaba mal organizado, mal entrenado, mal alimentado y mal equipado, y además era incapaz de resistir los rápidos y constantes asaltos de los revolucionarios; la desertión y las enfermedades se convirtieron en graves problemas...*

La Iglesia mantuvo su infatigable campaña fomentando el odio hacia el enemigo «bárbaro» e «impío», pero el tesoro real sólo podría financiar la guerra si se imponían contribuciones obligatorias a la Iglesia y los acaudalados, y con una emisión masiva de bonos del estado, *valles reales*, que posteriormente quedaban depreciados en su valor mientras la inflación seguía creciendo en espiral. Los hijos de los oligarcas

* La desertión era común a todos los ejércitos europeos de la época, incluyendo también al ejército republicano francés. Aproximadamente un diez por ciento de las fuerzas españolas del frente catalán desertaron, justo el doble del porcentaje que se había registrado en el pasado reciente en la infantería en tiempos de paz; pero, con mucho, la cifra más elevada procedía de los regimientos mercenarios extranjeros. Los desertores catalanes no llegaban al 0,5% (he establecido el total de la fuerza del ejército en el frente catalán en treinta mil). En términos numéricos, la enfermedad se cobraba un precio todavía mayor. En 1794, tras la retirada española del Rosellón, más de la mitad del ejército estaba enferma, y de ésta tres cuartas partes de los hombres, según cálculos del director del hospital del ejército, eran enfermos fingidos que «presas del pánico (en la retirada) habían alegado estar indispuestos y habían sido enviados al hospital, donde se contagiaron de una u otra dolencia» (Roura, 1993, pp. 167 y 205, tabla 5).

de las ciudades conseguían, gracias a la influencia de sus padres, soslayar el reclutamiento, cosa que provocaba el resentimiento entre los ciudadanos corrientes que eran enviados al frente. El entusiasmo popular por la «cruzada» decayó considerablemente tras los primeros meses de fiebre guerrera; las contribuciones voluntarias y los alistamientos experimentaron un descenso.

Por otro lado, la guerra de la Convención, conocida paradójicamente como la Gran Guerra (Guerra Gran) en Cataluña a pesar de que la guerra napoleónica fue un conflicto mucho más largo y sangriento, fue también el terreno de pruebas de la autoorganización, de la resistencia local y de la contienda irregular. Éstos iban de ser los elementos más destacados de la resistencia popular española a Napoleón.

Una reducida fuerza militar española se dirigió rápidamente a la frontera catalana y, tomando por sorpresa a las exiguas y poco preparadas tropas de la Convención, capturó la provincia del Rosellón (cuyos habitantes, más catalanes que franceses, eran, en general, hostiles a la Revolución Francesa),* plantándose a las puertas de Perpiñán. Durante el resto de 1793, la Convención estuvo ocupada conteniendo a los españoles; civiles franceses armados adoptaron la guerra de guerrillas como parte de la lucha. Furioso ante esta vulneración de la guerra convencional, el general Antonio Ricardos, comandante español, hizo pública una proclama amenazando con dispararles sin miramientos si eran capturados.**

El mejor ejemplo de autoorganización y guerra irregular se produjo en abril de 1794, cuando una contraofensiva francesa expulsó a los españoles fuera de los territorios que ocupaban en Francia haciéndoles retroceder hasta Cataluña. Históricamente los catalanes habían estado exentos del reclutamiento en el ejército español, y conservaban su hos-

* El Rosellón catalanoparlante y la vecina Cerdeña habían sido cedidos a Francia por el tratado de los Pirineos en 1659. Las tímidas esperanzas de que la revolución reconociese su «personalidad nacional» se habían visto frustradas. «Qu'avez-vous fait pour nous? Rien», proclamaron los diputados extraordinarios de Perpiñán a la Convención en mayo de 1793 (citado en Roura, 1993, pp. 58 y 112).

** Roura, 1993, p. 194. El hecho de que los franceses fueran los primeros en adoptar una táctica seguida después por civiles catalanes (y finalmente por los españoles en general en la guerra napoleónica) revela hasta qué punto las guerras revolucionarias francesas «revolucionaron» la guerra convencional. Y el hecho de que fuera un general español el primero en amenazar a los civiles armados con la ejecución si eran capturados, como a su vez pusieron en práctica en España los generales de Napoleón, revela hasta qué punto rechazaban los militares en general esta intrusión de los civiles en su terreno profesional.

tilidad hacia él, pues habían protagonizado una revuelta de la milicia en 1773.

Su modo preferido de defender el país era como «voluntarios» contratados por las autoridades municipales.³⁷ Cuando los franceses entraron en Cataluña en otoño, y el ejército español entregó el castillo de Figueras, una plaza fuerte en el camino entre la frontera francesa y Barcelona, un importante elemento de lealtad territorial se reveló al instante: la disposición del pueblo a luchar por todos los medios contra un agresor en su propia región. Con el ejército español retrocediendo en desorden, los catalanes, presos del temor general de que su país estuviera a punto de ser ocupado, tomaron la defensa en sus manos. Ignorando prácticamente al gobierno central como antes habían desoído los llamamientos revolucionarios de los franceses ofreciéndoles la independencia,* se reunió en enero de 1795 una junta de representantes de todos los corregimientos (zonas administrativas en que estaba dividida Cataluña) para organizar la movilización de unos dieciséis a veinte mil voluntarios de entre dieciséis y cincuenta años de edad, y para imponer a la población un impuesto general progresivo para la defensa del país. Los «voluntarios contratados» fueron organizados en tercios de *miquelets* (milicias); y en la autodefensa tradicional de los pueblos catalanes, los *sometents*,** iniciaron una guerra irregular en la retaguardia enemiga. Las reducidas fuerzas de la Convención se pusieron a la defensiva y el ejército español reforzado por los catalanes se apun-

* En mayo de 1794, los representantes del ejército francés, siguiendo instrucciones del partidario de Robespierre en el Comité de Salud Pública, lanzaron una proclama afirmando que Cataluña se convertiría en una república independiente bajo protección francesa. Los gobernantes españoles trataban de hacer creer a su pueblo que estaban librando una guerra por la religión. «¿Estáis luchando por la infernal Inquisición que no existía en tiempos del buen señor sin calzones Jesu-Cristo?» «Nosotros veneramos el mismo Dios que vosotros», insistían; cómo podía Francia erguirse victoriosa sobre todos sus enemigos «si la Providencia no la cubría con sus divinas alas» (Herr, 1958, pp. 289-291). Pero ésta no era más que una estrategia propagandística de guerra para mostrar que aunque la política de la Convención de ayudar a todos los pueblos que buscaban la libertad todavía seguía en pie, la política girondista de conquista y anexión para ampliar Francia hasta sus «fronteras naturales» no formaba parte de las políticas del *Comité du Salut Public* en relación con Cataluña (o el País Vasco), porque, como dijo Danton, ante todo era necesario defender la revolución, «pensar en el conjunto de nuestro pueblo» (Roura, 1993, pp. 147-148).

** Abolidos por los Borbones, fueron oficialmente restablecidos por el comandante del ejército español, conde de la Unión, en mayo de 1794, a causa de la «repugnancia» que sentían los catalanes de que sus fuerzas fueran enroladas en unidades del ejército regular. De hecho el *sometent* había resurgido tres años antes en las zonas fronterizas durante el *cordon sanitaire* de la Francia revolucionaria (Roura, «Exèrcit i societat a la guerra entre Espanya i la Convenció», en VV. AA., 1990 (3), p. 308).

tó dos victorias. La última de ellas, obtenida tras la firma de la paz cuya noticia no había llegado al frente, abrió el camino a la reocupación de la Cerdeña.

Pero la penetración decisiva de los franceses vino de la mano de un ataque relámpago en julio de 1794 en Guipúzcoa, junto a la frontera con Francia: la ofensiva de la Convención sembró el pánico y el desorden en el ejército español que hasta entonces había mantenido un frente bastante tranquilo. Sin embargo, la reacción popular fue inicialmente distinta. Los franceses avanzaban casi sin encontrar resistencia y San Sebastián se rindió sin luchar el 4 de agosto. Mientras que Cataluña estaba saliendo de un largo período de prosperidad, el País Vasco había estado lidiando desde mediados del siglo XVIII con una dificultad estructural básica: el crecimiento de la población había excedido la disponibilidad de tierras para sustentarla. Esto provocó la desestabilización de la sociedad rural tradicional en la que ya no podían reproducirse los pequeños arrendatarios con contratos hereditarios que vivían en caseríos dispersos o en pequeños pueblos y aldeas. La crisis social estuvo marcada por la aparición de bandidos, pordioseros y vagabundos en los caminos y pueblos donde nunca antes se habían visto. A medida que se agravaba la crisis, los terratenientes *aundikis*, normalmente de la nobleza con título y propiedades vinculadas, y los *jauntxos*, terratenientes de nivel medio y más numerosos, que solían ser segundones de los nobles y de destacadas personalidades locales en cuyas manos estaba el control del poder social, político y económico de las provincias, intentaron trasladar las necesidades contributivas, acrecentadas por la guerra, a sus pequeños arrendatarios. Los arrendatarios empezaron a enfrentarse a los terratenientes. No obstante, la mayor amenaza a su poder provenía del intento de Madrid por imponer controles de impuestos más rigurosos, cuando bajo los fueros vascos, o los derechos de autogobierno, las provincias contribuían tradicionalmente con los impuestos que ellas mismas recaudaban como «regalo» al tesoro real a petición del rey.

Por otro lado, Vizcaya, Guipúzcoa y también Navarra insistían en que el único deber de sus fuerzas, financiadas y reclutadas entre la población local, era el de defender sus propias provincias, y no podían estar situadas fuera de ellas, ni incorporadas al ejército español, ni estar a las órdenes de ningún comandante del ejército. A pesar del rechazo del Consejo de Castilla a esta interpretación de sus fueros,³⁸ la mayor parte de los habitantes de Vizcaya consideraba que la guerra que se libraba más allá de sus límites provinciales no les concernía. «En la Antei-

glesia de Gauteguiiz de Arteaga ... su negativa [de los jóvenes a someterse a entrenamiento militar] fue acompañada con ademanes burlescos, despreciando a los oficiales impuestos por las autoridades, señalando que ellos mismos buscarían quien les enseñe.»³⁹ Aunque la Iglesia apoyaba la cruzada religiosa contra los revolucionarios franceses, los «enemigos de Dios», los vizcaínos, sintiéndose protegidos por el ejército español en la frontera y por Guipúzcoa, vivieron el comienzo de la guerra con relativa tranquilidad.⁴⁰

Sin embargo, tras la penetración francesa, cuando el comandante del ejército español, el conde de Colomera, solicitó urgentemente hombres para que se uniesen a sus filas, las autoridades vizcaínas se prepararon a despachar ocho mil hombres a Tolosa, fuera de sus fronteras, para reforzar a los españoles. Esto provocó más protestas en los pueblos. Algunos decían que «todos estaban de acuerdo en que aquella guerra era algo que no podía afectarlos»; otros que «como nobles vizcaínos que desde luego prometían acudir a la mojonera y división de este Señorío con la de Guipúzcoa ... y también a los puestos destinados ... pero no a reunir con la tropa de dicho conde Colomera, en atención a que otras varias repúblicas piensan lo mismo».⁴¹ En Sopuerta, en Las Encartaciones, los lugareños, armados con palos y cuchillos, insultaron y amenazaron a las autoridades cuando trataban de realizar un sorteo para decidir quién debía ir a Tolosa, gritando que no estaban dispuestos a servir fuera de Vizcaya, «aunque lo mandase S.M. (que Dios guarde), el Señorío, ni los Señores de su Gobierno ... mejor estarían y librarían con que viniesen a este País los franceses y seguir las Máximas de su Asamblea, que subsistir en la Constitución en que se hallaban, con otros improprios a nuestra Católica Religión y estado del reino...». Las autoridades huyeron poniendo sus vidas a buen recaudo. En Guecho, la población armada con «azadas y ramientas» (*sic*) forzó a las autoridades a entregar las listas de aquellos que tenían que marcharse, las rompieron y «con una azada las undieron y metieron en tierra». Las mujeres, madres y esposas de los que habían sido elegidos para partir, desempeñaron un destacado papel en los disturbios. Pero en todas partes, los amotinados dejaron claro que no protestaban por servir en Vizcaya sino por tener que hacerlo fuera de sus fronteras. Finalmente, como Colomera no pudo mantenerse en Tolosa, la orden fue revocada y los cabecillas de las protestas fueron arrestados y enviados al frente como castigo.⁴²

La rendición de San Sebastián y la formación de una junta de un reducido grupo de ilustrados dispuestos a apoyar a los franceses, con el

objetivo tanto de proteger a la población de las represalias como de colaborar abiertamente y sin ambages, sorprendió a los demás vascos. Un bilbaíno, probablemente un comerciante, lo consideró «ignominioso», «ese villano hecho» por el que aseguraba que los franceses habían pagado veinte millones de reales. Pero como el mismo escritor registró, tuvieron que transcurrir dos semanas desde la rendición antes de que partiera el primer tercio vizcaíno hacia el frente provincial, y los reclutas del pueblo gritaban que para «evitar la traición los traidores deben morir».⁴³

Tan pronto como estuvo formada la Junta de San Sebastián, se crearon otras juntas locales para resistir a los invasores, y comenzaron las acciones de la guerrilla. El general Moncey, comandante francés, se lamentaba de que los vascos «no combaten en batallas ordenadas, (sino que atacan) y escapan sin dejar rastro, y terminan matando a muchos de nuestros hombres sin sufrir ellos demasiadas pérdidas».⁴⁴ Sin embargo, los franceses prosiguieron su avance hacia el sur: tras un crudo invierno, tomaron Vitoria y, atravesando Castilla, entraron también en Miranda de Ebro. Desde allí, el camino hacia Madrid estaba prácticamente despejado. Había llegado el momento de terminar una guerra que había resultado desastrosa para el ejército español y el Antiguo Régimen.

Aunque también otros ejércitos europeos mejor preparados habían sucumbido a manos de la Revolución Francesa, el ejército español se había revelado de poca valía en el campo de batalla. La guerra irregular había surgido en los frentes catalán y vasco y había deparado a los franceses grandes sufrimientos, pero los partisanos por sí solos no podían vencer. No obstante, los acontecimientos de los últimos días de la guerra, tanto en el frente occidental como en el oriental, fueron motivo de reflexión. Fortalecidos por el ingente número de reclutas locales y por los refuerzos de los partisanos, los ejércitos españoles se lanzaron a la ofensiva en Navarra y en Cataluña. La combinación de la guerra regular e irregular se cobró un alto precio en las filas enemigas, y desembocó en victorias catalanas de última hora. Un general de veinticinco años de edad —el más joven de su rango en el ejército revolucionario francés— dejó constancia de la resistencia popular que una invasión extranjera suscitaba en España. «Una guerra de ocupación en España es inviable —advertía con perspicacia— porque esto provocaría un levantamiento popular». Para su desgracia, Napoléon Bonaparte olvidó sus propias advertencias una década más tarde.⁴⁵

Al tantear la paz, Godoy tuvo suerte: la Convención pos-Robespie-

rre no quería verse empantanada en una guerra para derrocar a un Borbón en España cuando su principal enemigo, y mucho más amenazador, era la coalición monárquica antifrancesa encabezada por Austria e Inglaterra. Por otro lado, la paz con España podía proporcionar a Francia ayuda naval en su lucha contra Inglaterra. Mediante el tratado de Basilea, España cedía a Francia su mitad de Santo Domingo, mientras que todo el territorio español, fortalezas, armamento, etc., que había perdido en la guerra le eran restituidos.⁴⁶

Hubo un regocijo general: los términos del tratado eran mejores que los concedidos a los otros enemigos de la revolución.⁴⁷ La corona recompensó a Godoy nombrándole Príncipe de la Paz.

LA ALIANZA DEL VIEJO ORDEN CON LA FRANCIA REVOLUCIONARIA

Sólo un año más tarde, en 1796, poco después del advenimiento del Directorio francés, España unía una vez más su destino a Francia en una impía alianza entre el absolutismo borbónico y el nuevo republicanism.* Era un retorno a la política exterior prerrevolucionaria de España, en la que los Borbones españoles y franceses estaban aliados contra Gran Bretaña, en el llamado «Pacto de Familia». No obstante, en la negociación de una alianza ofensivo-defensiva con el Directorio en contra de Gran Bretaña, Godoy estaba menos interesado en un retorno al pasado que en jugar la carta de los asuntos exteriores para tratar de reforzar su posición interna. Durante la guerra, se descubrieron varios complots contra su persona, y aunque Godoy los había desbaratado con relativa facilidad, en todos ellos estaban involucrados importantes miembros de la élite política.** Así pues, sin apoyo político in-

* Las consideraciones dinásticas españolas estaban también en juego. Carlos IV albergaba esperanzas de que el Directorio promoviese la restauración de la monarquía y le convirtiese así en rey de Francia. Por su parte, la reina Luisa quería establecer relaciones amistosas con la República Francesa para asegurar las posesiones de su hermano, el duque de Parma, en Italia, entonces invadida por los ejércitos revolucionarios franceses.

** Se trataba respectivamente de complots urdidos entre consejeros y funcionarios, letrados y cortesanos para derrocar a Godoy, convocar las Cortes y crear un Consejo de Estado independiente y efectivo. Cuatro miembros del Consejo de Castilla fueron desterrados de la capital sospechosos de simpatizar con Aranda, a quien Godoy había sustituido en su cargo de primer ministro. La conspiración de Malaspina, llamada así por un oficial naval de graduación que, con ciertos dignatarios de la corte, elaboró un plan clandestino para apartar a Godoy de la corte y de su puesto (sobre este complot, véase Emilio Solar, *La conspiración Malaspina, 1795-1796*, Alicante, 1990); y por último, el complot de Pi-

terno, aparte del de los aduladores y de la pareja real, Godoy creía que una alianza con Francia reforzaría su causa. Sin embargo, ésta condujo a la destrucción, no sólo de la flota española,* sino también del comercio con las colonias. Asimismo acrecentó las ansias de independencia de éstas, agravó la crisis económica interna de España y aceleró la erosión del Viejo Orden. Y aunque Gran Bretaña quería evitar un conflicto con España, ésta declaró la guerra a Inglaterra en octubre de 1796.

El comercio colonial se vio inmediatamente afectado. Tras poco más de un año de guerra, los ingresos de aduanas habían caído un tercio de la cifra de 1792,** y la contribución de éstos a los ingresos tota-

cornell, en el que Juan Picornell, un mallorquín, en colaboración con seis miembros de la élite plebeya de Madrid, tramó un levantamiento para el día de San Blas, el 3 de febrero de 1795, con la esperanza de declarar la república en España. Sin embargo, su plan inicial era el de un Consejo, dirigido por Aranda e incluyendo al «arandista» conde de Teba (posteriormente conde de Montijo) para gobernar el país. Si bien no cabe dudar sobre la devoción republicana de Picornell, su grupo tenía una considerable cantidad de dinero a su disposición para sublevar a las masas plebeyas de Madrid. Al parecer los seguidores de Aranda financiaron el complot con el propósito básico de destituir a Godoy. Los conspiradores fueron traicionados, arrestados y condenados a muerte, pero al final de la Guerra de la Convención, las sentencias fueron conmutadas por cadena perpetua en las colonias, hecho que hace pensar que tenían aliados poderosos a los que Godoy no podía permitirse ofender. Finalmente Picornell pudo escapar para proseguir con sus actividades revolucionarias en la América española, Nueva York y Francia. M^o Jesús Aguirrezábal y José Luis Comellas, «La conspiración de Picornell (1795) en el contexto de la prerrevolución liberal española», *Revista de Historia Contemporánea*, 1 (Sevilla, 1982).

* La grave derrota en el cabo de San Vicente a manos de Jervis y Hood en 1797, y la pérdida de Trinidad ante los británicos, fueron los resultados más inmediatos, seguidos en 1805 del desastre que supuso la victoria de Nelson sobre las flotas francoespañolas en Trafalgar en su intento por romper el bloqueo británico de la bahía de Cádiz. La derrota acabó con el poderío naval español: tan sólo cinco de los quince buques españoles consiguieron salvarse, aunque quedaron inútiles para la batalla. Fue un revés tan espectacular, si no más, como el de la Armada, porque a partir de aquel momento el comercio colonial de España quedó sin defensa naval.

** En 1792 España suministraba el ochenta y siete por ciento de las importaciones coloniales, se proveía del 73,5% de las exportaciones coloniales y del noventa y cuatro por ciento de las exportaciones coloniales de monedas. (Estas últimas proporcionaban el 11,9% de los ingresos del estado.) El comercio colonial suponía un valor de 1.191 millones de reales. En aquel entonces, aproximadamente la mitad de todo el comercio exterior de España consistía en reexportaciones (principalmente de tejidos extranjeros) a Suramérica, y exportaciones de los productos y monedas de las colonias a otros países. Harina, vino, aceite de oliva y licores, y unos cuantos productos industriales (papel y tejidos) eran las principales exportaciones españolas a las colonias, mientras que el azúcar, el tabaco y el cacao constituían el grueso de las importaciones coloniales (Fontana, 1978, pp. 64-65, y tabla III, p. 71).

les del estado descendió del 28,2% al 8,8% y seguiría disminuyendo todavía más. Tan sólo se produjo una recuperación del quince por ciento durante la efímera paz que siguió al tratado de Amiens en 1802.⁴⁸ Cuando a finales de 1804 se reanudó la guerra entre España y Gran Bretaña, los efectos sobre el comercio y la potencia naval española fueron aún más desastrosos si cabe. En el año anterior a la continuación de las hostilidades, ciento cinco buques mercantes zarparon de Cataluña rumbo a las colonias cargados de mercancías por valor de 76,8 millones de reales; en 1807 sólo un mercante catalán partió llevando doscientos mil reales de producto.⁴⁹ Había grandes períodos de paro en las fábricas textiles catalanas cuyos principales mercados eran las colonias.* En 1797-1798 los precios experimentaron una subida de casi el doble de lo que habían aumentado durante la Guerra de la Convención, y los salarios bajaron en la España interior.⁵⁰

Tanto para la metrópoli como para las colonias, otra consecuencia de la guerra, igualmente definitiva, fue la decisión del gobierno español de acabar con su monopolio en el comercio colonial y abrirlo al transporte neutral: una medida necesaria para poder garantizar el suministro de las colonias. En todas las guerras recientes se había tenido que aplicar esta medida, aunque no fuera Gran Bretaña el enemigo, demostrando la incapacidad fundamental de España de participar en una guerra y suministrar a las colonias. Dicha medida acabó proporcionando un importante ímpetu al movimiento de independencia colonial, puesto que los colonos obtenían mayores beneficios del comercio con Europa a través de los neutrales que bajo el monopolio comercial de España.**

El propio Godoy acabó percatándose de que Francia estaba utilizando la alianza para su único beneficio y de que la guerra con Inglaterra había sido un error económicamente no previsto, pero sus intentos por liberar a España fueron recibidos por los franceses con reacciones hostiles que él no fue capaz de afrontar por falta de deter-

* «El comercio en este Principado está todo parado no circula dinero ni se cobra un cuarto y si esto dura tendrán precisamente que cerrar todas quantas fábricas hay en esta.» «Se han ya cerrado muchas fábricas, tanto de esta [Terrassa] como de Sabadell.» (Carta de Joaquin Sagrera, fabricante de lanas de Terrassa, marzo de 1808, citada en Cardus, 1962, p. 26.)

** Aunque se suponía que la medida iba a ser sólo temporal, como durante la guerra de Independencia de América y la guerra de España contra la Convención francesa, las guerras napoleónicas no permitieron levantarla a pesar de los intentos del gobierno patriota español por volver al *statu quo ante*.

minación.* La experiencia de la Guerra de la Convención (y sobre todo la de la guerra de la Independencia de América) puso de manifiesto que los conflictos modernos eran tan costosos que podían hacer estallar en pedazos las costuras de sociedades más prósperas que la española. Pero Godoy siguió por ese peligroso sendero, un sendero que conducía en primer lugar a la bancarrota del estado.

En un intento por dominar la crisis fiscal, se suscribieron créditos en el extranjero, se confiscó el capital del Banco de San Carlos,⁵¹ establecido en 1782, como banca nacional, y se pusieron en circulación más vales reales. En 1798, el valor de estos últimos había descendido el cincuenta por ciento. Transcurridos tan sólo dos años desde la reanudación de la contienda con Inglaterra, la situación de la hacienda española era tan crítica que Godoy se vio obligado a adoptar una medida drástica: ordenó la venta de las propiedades de la Iglesia no destinadas a la cura de las almas, una reforma que ningún reformista ilustrado anterior se había atrevido a llevar a cabo. La Iglesia era uno de los dos pilares de la monarquía absoluta, un estado en el interior del estado, la única institución próspera del reino de Castilla.

En 1808, se había vendido entre una sexta y una séptima parte de las propiedades de la Iglesia indicadas por valor de 1.653 millones de reales. En algunas regiones, como Andalucía, Murcia, Salamanca y Madrid, la proporción alcanzó del veinte al veinticinco por ciento. Esta medida, que incluía la venta de hospitales, asilos, hospicios, fundaciones piadosas, etc., «causó gran perjuicio a las clases rurales pobres que eran las que estaban más necesitadas de ayuda».⁵² Pero como el total de

* En 1798 buscó una paz separada con Gran Bretaña, pero la violenta reacción del Directorio le costó temporalmente el puesto (Emilio La Parra López, «Dependencia política española: los gobiernos de Carlos IV frente al Directorio (1795-1799)», en *VV. AA.*, 1990 (3), pp. 177-190). Al año siguiente de la efímera paz de Amiens (1802), Godoy, de nuevo en el poder, propuso una alianza de neutralidad armada a Rusia y Prusia para mantener un equilibrio europeo, y al no obtener resultado alguno, resistió la presión de Napoleón para unirse otra vez a la guerra contra Gran Bretaña. Napoleón, nombrado primer cónsul, exigió a España que rompiera con Gran Bretaña o que pagase un subsidio mensual de seis millones de francos. Amenazó con invadir España si su gobierno se negaba a firmar un tratado a tal efecto (el tratado de París, octubre de 1803). Godoy aceptó el subsidio mensual, aunque encontrar el dinero estaba más allá de las posibilidades del tesoro real. Por último, a finales de 1804, a consecuencia de las anteriores provocaciones navales por parte de los británicos (atacando antes de la declaración de guerra a cuatro fragatas españolas, cargadas de oro procedente de Suramérica, de las que capturaron tres y hundieron una), España declaró la guerra a Gran Bretaña y confirmó su alianza con Francia (Lovett, 1965, vol 1, p. 21; Anes, 1976, p. 429; Izquierdo, 1963, p. 87; Seco Serrano, 1956, p. LXXVIII).

la deuda emitida en vales reales alcanzaba por sí sola los dos mil millones de reales, y el valor de los vales había descendido hasta la mitad, la venta de las propiedades de la Iglesia no fue suficiente para saldar la deuda del estado. En nombre del rey, Godoy consiguió el consentimiento del Papa para realizar más ventas, «debido al notable descenso de los ingresos de mi corona a causa de las guerras, la escasez, las epidemias y otras calamidades que afligen a mi reino», aunque dichas ventas no llegaron a efectuarse en su totalidad antes de la invasión de Napoleón en 1808.

Así pues, la Iglesia soportó lo peor de la crisis fiscal del estado.⁵³ Como los vales reales estaban ahora respaldados por la venta de las propiedades de la Iglesia, a muchos sacerdotes les parecieron similares a los *assignats* de la Revolución Francesa;⁵⁴ por lo tanto, la oposición de la Iglesia a estas medidas fue en gran parte responsable de la caída de Godoy y su mentor real en 1808.⁵⁵

Ninguna de las medidas adoptadas solventó la crisis de Hacienda. Incluso los ministros del gobierno dejaron de cobrar, y en 1808 sus salarios constituían el segundo elemento y el más elevado de la lista de deudas pendientes.⁵⁶ La presión fiscal obligó a muchos municipios a vender las tierras comunales, y a consecuencia de ello, ciudades y pueblos dominados por oligarcas ennoblecidos se convirtieron en «inveterados enemigos del gobierno».⁵⁷ Podríamos decir, con mayor exactitud, que todas las clases adineradas habían «perdido la confianza en la solvencia de la corona».⁵⁸ Godoy pagó el precio político. El odio hacia el favorito del rey creció en todos los sectores de la población que sufrían, en mayor o menor medida, el coste de una guerra impopular.